

DESCENSO – SEPULTURA – SOLEDAD DE MARÍA

33ª Meditación – Cuaresma 2021 – (DÍA 46)

“Cuanto nosotros tenemos recibido de gracias de Dios, de inspiraciones, de ilustraciones, de santos deseos, de afectos devotos, de dolor de los pecados, de buenos propósitos, de amor a Dios y de esperanza de cielo, todos son frutos y dones que nos vienen de la Pasión de Cristo” (San Alfonso María de Liguori)

Es causa de consuelo para nosotros

“Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua, y muy de cerca, sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón; por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento que les alegre y esfuerce, mucho más que el primero les desmayaba. Y para esto, ninguno otro hay igual como el conocimiento de Jesucristo nuestro Señor; especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros”¹. (San Juan de Ávila)

“Porque así como se suele dar por consejo que miren arriba o fuera del agua a los que pasan algún río y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce sus ojos a Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo”². (San Juan de Ávila)

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: La historia

Mt. 27, 57-66; Mc. 15, 42-46; Lc. 23, 50-53; Io. 19,38-42.

2º preámbulo: Composición de lugar:

Aquí será ver la cumbre del calvario con la santa cruz y en ella el cuerpo de Cristo Jesús, aquellas santas personas que arrancan los clavos, y sobre todo a la Virgen santísima que recibe el cuerpo en sus brazos y también el sepulcro en el cual le encierran devotamente.

3º preámbulo: Petición:

Pediré que sepa compenetrarme en los sentimientos de la Virgen en este misterio.

¹ SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi filia*, cap. 68.

² *Ibid.*

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

[298] DE LOS MISTERIOS HECHOS DESDE LA CRUZ HASTA EL SEPULCHRO INCLUSIVE, IBIDEM.

1º Primero: fue quitado de la cruz por Joseph y Nicodemo, en presencia de su Madre dolorosa.

2º 2º fue llevado el cuerpo al sepulchro y untado y sepultado.

3º 3º: fueron puestas guardas.

I. DESCENSO DE JESÚS DE LA CRUZ

“Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente este hombre era justo.»”. (Lc 23,47)

“Por su parte, el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, se llenaron de miedo y dijeron: «Verdaderamente éste era Hijo de Dios.»”. (Mt 27,54)

“Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho”. (Lc 23,48)

Mt. 27, 57-59; Mc. 15, 42-46^a; Lc. 23, 50-53^a; Io. 19, 38-34

“Siendo ya tarde, como era Parasceve, que es antesábado, vino José de Arimatea, ciudad de la Judea, hombre rico, noble, senador y varón justo y bueno, que esperaba el reino de Dios; discípulo también de Jesús, aunque oculto por temor a los judíos, a cuyo consejo y acción no había dado su consentimiento. Éste, osadamente, se presentó a Pilato y le demandó el cuerpo de Jesús. Pilato se maravillaba que ya hubiese muerto; y llamando al centurión, le preguntó si había muerto ya. Informado por el centurión, Pilato otorgó a José el cuerpo de Jesús, y José se hizo cargo de él.

Vino también Nicodemo, el que la vez primera había venido a Jesús de noche, el cual traía una mixtura de mirra y de áloe, como cien libras.

Habiendo, pues, bajado, el cuerpo de Jesús, le ataron con vendas y le ungieron con perfumes, y le envolvieron en una sábana limpia, que José había comprado, según que es costumbre enterrar entre los judíos”. (Evangelios coordinados)

Nicodemo³, el discípulo secreto de Jesús, que hacía sus apariciones durante la noche, era un doctor de la ley considerado como maestro en Israel. Desde el principio conoció que nuestro Señor era un Maestro enviado por el cielo, aunque, para conservar su autoridad y no exponerse al odio de sus paisanos, siempre habló con Jesús en secreto, El otro hombre rico, José de Arimatea, le cedió la nueva sepultura.

José de Arimatea conocía bien las maquinaciones de los judíos, porque era miembro de su gran consejo, y había disputado con ellos cuando se trató la muerte del Salvador. Ahora, al ver consumada la gran injusticia, se desprendió de todos los temores y autorizado por su carácter, por su posición social y por sus riquezas, se presentó a Pilato con audacia para pedir el cuerpo del crucificado y darle sepultura. Pilato concedió lo que José le pedía.

³ Nicodemo y José de Arimatea son santos y su memoria se celebra el 31/08.

José de Arimatea no solo quiere dar sepultura al cuerpo de Jesucristo, sino que quiere ser el mismo el que lo desclave de la cruz, y después de amortajarlo bien con los mejores lienzos que tenía, quiere enterrarlo en un sepulcro nuevo que había hecho cavar en la roca para su propio enterramiento, así José se presentó en el Calvario con devota comitiva, tan diferente de la otra de la crucifixión, llenando de consuelo el alma de la Virgen santísima.

Figurémonos la cordial entrevista de los amigos de Jesús con estos nuevos amigos que vienen contra toda esperanza humana. Todos juntos contemplan en silencio aquella Víctima sagrada y habiendo pedido venía a la madre de Dios, realizan su trabajo con tan grande humildad y reverencia que puede servir de ejemplo para todos los sacerdotes que deben tocar el cuerpo de Jesús en la Eucaristía.

Como si el Salvador estuviese vivo, calculan la manera de descolgarlo, y quieren que el oficio más amoroso de recibir los sagrados miembros en sus brazos sea para aquella Madre admirable, que había llevado todo el peso de la pasión y muerte de su Hijo.

La Virgen no se mueve del pie de la cruz. La tiene como clavada allí el amor de su hijo y la obligación de velar allí junto a su cuerpo, para estorbar, en cuanto pueda, toda nueva profanación, o para sufrirla ella en su corazón en caso contrario.

La Pasión del Señor, que a tantas almas acobardó, a otras sin embargo les dio valor y coraje. Tales fueron Nicodemo y José de Arimatea.

El cuerpo del Salvador pendía inerte en la cruz... a merced de cualquiera, pero sobre todo pertenecía a su madre. Nadie en el mundo, salvo María, podía pronunciar las palabras de Jesús en la última cena, aunque ella no fuese ninguna sacerdotisa. Siendo así que nadie más que la bienaventurada Madre era quien le había dado cuerpo y sangre, por la virtud del Espíritu santo, sólo ella podía decir: **«Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre»**. Sólo ella le había dado aquello por medio de lo cual Jesús había realizado su redención; sólo ella hizo posible que Jesús existiera; sólo ella hizo de Él el nuevo Adán. No había contrapartida humana; sólo el Espíritu de Amor.

Para una madre, ningún hijo deja nunca de ser un niño. Le debió de parecer a María que retrocedía a los días de Belén y que volvía a tener entre sus brazos al niño Jesús. Pero todo había cambiado...

II. UNCIÓN Y SEPULTURA

Mt. 27, 60-61; Mc. 15, 46b, 47; Lc. 23, 53b-56; Io. 19, 41-42

“Había en el lugar, donde había sido crucificado, un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, que José había excavado en la peña, en el cual nadie había sido aun puesto. Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, pues el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús; y arrimando una gran losa a la entrada del sepulcro, se retiraron. Rayaba ya el sábado.

Las mujeres, que habían venido con él desde Galilea, habían acompañado a los que sepultaban a Jesús. María Magdalena y María la de José, sentadas enfrente del sepulcro, miraban dónde y cómo quedaba puesto el cuerpo de Jesús. Cerrada la sepultura, se volvieron a preparar aromas y ungüentos. Mas, durante el sábado, guardaron el reposo según la ley”.

Nicodemo y José ungieron el cuerpo con cien libras de mirra y especias, y lo envolvieron en blanquísimo lienzo. El modo cuidadoso de embalsamarle más bien parecía sugerir que estos dos discípulos clandestinos no esperaban la resurrección, lo mismo que les ocurría a los apóstoles. Desde el punto de vista espiritual, todavía no se daban cuenta de quién era. El interés que mostraban en cuanto a su sepultura era una prenda del amor que le profesaban, pero no de que creyeran en Él como la resurrección y la vida.

“Las palabras «huerto» o «jardín» sugieren la idea del Edén y el hecho de la caída del hombre, como asimismo, por medio de las flores que en él había, sugiere la idea de la primavera de la resurrección de entre los muertos. En aquel huerto estaba la tumba en la que «jamás había sido enterrado nadie». Nacido de un vientre virginal, fue sepultado en una tumba virginal, y, como dice Crashaw, «un José fue en ambos casos el esposo». Nada parece más repulsivo que una crucifixión en un jardín, y, sin embargo, ello había de ser compensado, ya que aquel jardín había de tener su resurrección. Nacido en una cueva ajena, sepultado en una cueva ajena, tanto el nacimiento humano como la muerte humana fueron extraños a su divinidad. La tumba de un extraño también porque, ya que el pecado le era extraño, asimismo érale extraña la muerte. Al morir por otros fue colocado en la tumba de otro. Su tumba era prestada porque había de devolverla por pascua, de la misma manera que devolvió el pollino sobre el que montó el domingo de Ramos y el aposento alto que empleó para celebrar la última cena. Enterrar es solamente plantar. Más adelante Pablo, del hecho de que Jesús había sido enterrado en un huerto, deduciría la ley de que, si nosotros somos plantados en la semejanza de su muerte, seremos levantados con Él en la gloria de su resurrección⁴”.

(Mons. Fulton Sheen)

Los momentos eran dolorosos pero a su vez muy preciados; hubieran querido detenerlos, pero corrían, el sol se ponía, y convenía apresurar el entierro, y antes que él, el embalsamamiento. Este paso lleno de suavidad y misterio conviene que el alma lo saboree pausadamente. El oficio parece reservado a los amigos de Jesús y la santísima Virgen.

Escogieron una gran roca que hasta el día de hoy se puede venerar, extendieron sobre ella la sabana de la mortaja, y tomando de los brazos de María con gran reverencia y devoción el cuerpo del Señor, lo colocaron a lo largo de la misma.

Entonces comienza la devotísima procesión hacia el sepulcro. Este distaba algunos minutos de la piedra de la unción. Pues la noche venía rápidamente, fue necesario preparar una íntima procesión funeraria para llevar el cuerpo de Jesús hasta el sepulcro.

Es tarde; el sol, que después de la agonía y muerte de Jesús ha vuelto a resplandecer en el cielo, corre al ocaso y rinde los últimos honores a su Creador, que es llevado al sepulcro.

La cruz queda allí alta y sola, como una llama que sube al cielo, como una madre que extiende la sombra de sus brazos sobre la tierra para abrazar a todo el mundo.

El Calvario queda completamente desierto: los condenados están ya en la tumba; los soldados y el pueblo se han vuelto a Jerusalén.

El sepulcro está dentro de un huerto: enterrar es plantar, plantar un germen de nueva vida. Ninguno de los sarmientos enterrados en nombre de Jesucristo será estéril, antes bien

⁴ MONS. FULTON SHEEN, *Vida de Cristo*, p. 445.

todos serán fecundos y lozanos. Jesús es el árbol de vida, y todos los que mueren y son sepultados en su huerto son luego retoños cargados de vida: *Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aun cuando muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre* (Jn 11,25)

Al llegar ante la puerta del sepulcro, depositan en el suelo el cuerpo sacratísimo de Jesús. Entra la Madre por aquella puerta y observa todo atentamente, en particular el lugar donde han puesto a su Hijo. Todo es roca viva; no hay añadiduras; todavía nadie ha sido enterrado allí. Dios había preparado providencialmente aquel sepulcro ideal para una resurrección triunfante y gloriosa.

María acariciaría y besaría al cuerpo del Señor y luego introducirían aquel sagrado tesoro en el sepulcro. Colocaron el cadáver dentro, a lo largo de la roca, con el sudario que le cubría la cabeza. Después de esto, una última mirada y luego salieron todos afuera. Aquellos hombres hicieron rodar la gran losa que cerraba la entrada.

“Bienaventurados los pobres” (Mt 5,3) Será tan pobre, que durante su vida no tendrá dónde reclinar la cabeza; vendrá día en que morirá sin poseer ningún valor económico. En su última hora será tan pobre, que incluso un extraño tendrá que ofrecerle su sepulcro, de la misma manera que tuvo que nacer en el establo de un extraño. Cristo fue “pobre en su nacimiento, más pobre en su vida y pobrísimo en la Cruz”⁵.

Los guardias

“Al día siguiente que es después de la Parasceve, se presentaron juntos ante Pilato los sumos sacerdotes y los fariseos, diciendo:

-Señor, nos hemos acordado de aquel seductor, estando aún en vida, dijo: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que viniendo sus discípulos le hurten, y digan al pueblo: “Resucitó de entre los muertos”, y sea el nuevo engaño peor que el primero.

Díjoles Pilato:

-Ahí tenéis guardia: id y custodiadlo, según sabéis.

Ellos fueron, y aseguraron el sepulcro, sellando la losa y poniendo guardia”. (Mt. 27, 62-66)

Oscurece ya, las sombras se agolpan por todos lados, el cielo se cubre de estrellas y la quietud es absoluta.

III. SOLEDAD DE MARÍA⁶

Para Ella el espectáculo de la **Pasión** de su Hijo tuvo un volumen de dolor que no podemos concebir ni podríamos soportar. Poco antes de morir su Hijo, ha escuchado de sus labios aquellas terribles palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Su hijo ahora es Juan. Pero sólo Ella sabe todo lo que eso quiere decir: no sólo que Jesús en la Cruz proclama solemnemente su maternidad espiritual (que comenzó en el mismo momento de la Encarnación), sino

⁵ SAN BERNARDO, *Vitis mystica*, cap. II.

⁶ Sigo casi textualmente una parte de una meditación del P. Miguel Fuentes sobre este misterio de la soledad de María.

que, en ese momento supremo del dolor, Jesús renuncia a todo, enfrenta el sufrimiento en perfecta soledad, sin el soporte humano de su Madre, para experimentar inmediatamente después, la misma soledad respecto del Padre: **“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”** (Mc 15,34). La Virgen percibe este hondo matiz y comprende la hondura del dolor y de la voluntariedad del dolor de su Hijo. Y como es Corredentora, también a Ella la embarga, como dolor propio, **la soledad**.

Este es el **punto culminante** de la compasión de Nuestra Señora y su **participación máxima** en la Pasión, en lo que esta tiene de **más amargo**, de **más penal**, de **más específico**: el **participar de la soledad de Cristo**. En esos momentos son dos corazones solos; no una soledad compartida, sino dos soledades que se nutren mutuamente. La soledad posterior, aquella que sobrevendrá cuando hayan sepultado el cuerpo del Hijo, será mucho menor, mucho menos amarga.

Por eso, la Soledad de María comienza ya en la Última Cena, que Ella seguiría seguramente, aunque no sabemos desde dónde. Observando la Soledad del Hijo: la incompreensión, el abandono:

-Felipe, hace tanto que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis...

-Uno de vosotros me traicionará...

-Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres...

-¿No habéis podido velar una hora conmigo?

-Os aseguro que no conozco a ese hombre...

Esa soledad de Jesucristo; esa conciencia de estar afrontando la Pasión, la hora del dolor, solo, sin compañía, sin apoyo; es más: incomprendido, mirado con extrañeza, como algo raro, desubicado, fuera de lugar... Ese ha sido uno de los dolores más fuertes de Cristo: Él se daba, sufría, agonizaba, sangraba, moría... por aquellos que no daban a estos actos ninguna importancia. Éste fue también el dolor de su Madre, que aunque miraba de lejos, calaba hondamente este sufrimiento del corazón de Cristo.

La "Soledad de María" es todo ese cúmulo de dolores que van agolpándose en su corazón a cada paso de la Pasión de su Hijo:

- La vista del "Ecce Homo". Si hay alguien que entre la muchedumbre enardecida, recordase con ojos ensangrentados de dolor las palabras de Isaías que en aquel momento se cumplían (*Soy un gusano y no un hombre, oprobio de la plebe*), ese alguien es Ella, y sólo Ella.

- El escuchar de su pueblo (su propia raza, su propia sangre, sus hermanos...) el pedido de la muerte de su Hijo..., el Hijo de Dios.

- El encuentro camino al Calvario. Santa Elena que tenía corazón de madre, y de madre muy sufrida, hizo construir en la Vía Dolorosa una capillita dedicada a este encuentro, y fue llamada desde entonces "La Virgen del Pasma".

- La Crucifixión

- La Muerte

- El Descendimiento de la Cruz. Jesús puesto en sus brazos; como 33 años antes en Belén, pero muerto...

- La Sepultura. El último adiós, aún a su presencia física.

Durante todo este tiempo María fue envuelta en la soledad de las tinieblas: **“Desde la hora de sexta hasta la hora de nona, la oscuridad cubrió toda la tierra”** (Lc 23,44). Pero no se trataba de la oscuridad puramente material; también ésta, pero no sólo ella. **Esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas**, había dicho Jesús en el Huerto. También estas tinieblas fueron las que rodeaban la Cruz. Se hicieron presentes en la incompreensión del mal ladrón, en el odio de los judíos, en la frialdad de los verdugos romanos, en las blasfemias, calumnias, en las burlas, en las invitaciones a la desesperación que aquellos hijos de las tinieblas hacían resonar ante los oídos del Moribundo... y ante los oídos de su Madre.

Cierto que a María Santísima pueden aplicarse muchas de las palabras reveladas del Antiguo Testamento:

“Le diste a comer llanto, a beber lágrimas a tragos”. (Salmo 79,6)

“¿A quién te compararé, a quién te asemejaré, oh hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaría yo para consolarte, oh doncella, hija de Sión? Pues grande como el mar es tu quebranto, ¿quién podrá curarte?”. (Lam 2,13)

“Oh vosotros que pasáis por el camino: ¡mirad y ved si hay dolor semejante al dolor con el que soy afligida!”. (Lam 1,12)

Los dolores de María no tienen medida:

- **Por su capacidad de sufrir:** la capacidad de sufrir se deriva de la capacidad de amar. Porque el amante sufre con los dolores del amado. Ahora bien, María ama con el amor que le da la gracia de la maternidad divina, el "mayor amor del mundo". La capacidad de sufrimiento es equivalente a la santidad de cada uno. Por eso decía san Juan de Avila: *"Vos, la más santa y la más lastimada, la más querida y la más angustiada, la más alta y la más abajada... Si mucho la amaste, mucho la afligiste; si muy santa la hiciste, mucho la angustiaste"*.

- **Por sentirse Ella misma causa de la Pasión:** padece más aquél por quien Cristo padeció más. Dionisio el Cartujano decía: *"Tanto más padeció Cristo por una persona, cuanto a mayor dignidad haya sido elevada ésta"*. Cristo sufrió por María para preservarla inmaculada del pecado, para hacerla la llena de gracia. Y eso su Madre lo sabía.

- **Por haber aceptado el sufrimiento voluntariamente,** sin haber hecho lo que de su parte hubiese podido. Dice San Alfonso que *“podía Ella sola defender muy bien ante los jueces la vida de su Hijo. Bien se puede pensar que las palabras de una madre tan sabia y tan amante de su hijo hubieran podido impresionar grandemente, al menos a Pilato, disuadiéndole de condenar a muerte a un hombre que conocía, y declaró que era inocente. Pero no; María no quiso decir una palabra a favor de su Hijo para no impedir la muerte, de la que dependía nuestra salvación”*⁷.

⁷ SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

- **Por el fin de sus dolores:** María quiso sufrir para honrar infinitamente al Padre, para compensar el pobre amor que el hombre ofrecía al Padre, para unirse y acompañar los dolores de su Hijo.

Podemos contemplarla en su camino de retorno desde el Sepulcro. La comitiva que le haría compañía ¿es posible hacer compañía en una situación así? Allí estaban María Magdalena, María Salomé, María la de Cleofás, José de Arimatea, Nicodemo, Juan. Cierran el Sepulcro, regresan en silencio porque falta Jesús. También nosotros hemos perdido de vista su cuerpo, hemos de acostumbrarnos a vivir en la fe: *iustus vivit ex fide*. Comienza el retorno. Unos pocos pasos y se encuentra frente al monte Calvario. Ve la Cruz, lo único seguro en este mundo cambiante, inestable como el mar: *"crux stat dum volvitur orbis"* (la cruz permanece estática mientras el mundo da vueltas...). Y al ver la Cruz, la adora. ¡Qué diferencia con nosotros, que escapamos a la Cruz! Ella la adora, la primera que hace la adoración de la Santa Cruz, ese mismo día, el Viernes Santo. En su corazón ya brotaban las palabras de aquel himno *"Vexilla regis prodeunt, fulget crucis mysterium..."* (las banderas del Rey aparecen/avanzan; resplandece el misterio de la Cruz). Luego, desandar el Via Crucis, detenerse en cada estación, reparar en cada gota de sangre. Llega al Cenáculo y agradece a José de Arimatea y a Nicodemo.

Luego, ya en el Cenáculo, allí sí la soledad definitiva.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Ave María Purísima. *Sin pecado concebida.*